

La televisión: una cuestión de espacios entre proximidades y distancias

JESÚS MARTIN BARBERO

Investigador del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

jemartin@cable.net.co

Resumen

En los últimos 25 años la televisión ha evolucionado a tal velocidad que las categorías para comprenderla han quedado, en parte, desfasadas. Este desfase no es sólo una cuestión de tiempo, sino también de espacio. Este texto pretende analizar esta última dimensión para intentar describir el lugar en el que conviven tanto las figuras de televisión que legitiman la omnipresencia del mercado como los nuevos actores y dinámicas de emancipación social y empoderamiento ciudadano. El artículo plantea, a partir del contexto del escenario latinoamericano, una reflexión sobre la nueva complejidad que ponen en juego las experiencias de la televisión local, que facilitan que nuevos actores tomen forma a través de esas nuevas modalidades de comunicación que conectan y rediseñan las ofertas globales con las demandas locales.

Palabras clave

Televisión local, ciudadanía, mediación, proximidad, globalidad, televisión comunitaria.

Abstract

Over the last 25 years, television has evolved at such a speed that the categories used to understand it have become partly out of synch. This lack of synchronisation is not only a question of time but also space. This article attempts to analyse this last dimension to describe the place where both the figures of television co-exist that legitimise the omnipresence of the market as well as the new players and dynamics of social emancipation and citizen empowerment. Based on the context of the Latin American scenario, the article presents a reflection on the new complexity brought into play by the experiences of local television, which help new players to take shape through these new types of communication that connect and redesign what is offered globally with local demand.

Key words

Local television, citizenry, mediation, proximity, globality, community television.

Tengo que comenzar este texto explicando las razones del horizonte reflexivo que escogí. Y la primera de ellas es que desde hace al menos veinticinco años la televisión se ha venido moviendo mucho más deprisa que las categorías con que intentamos comprenderla, y el desfase en los últimos años ha demostrado ser ya no sólo una cuestión de tiempo sino también de espacio. A eso aluden las palabras con que la nombramos —televisión *nacional, local, regional, de proximidad*— pero en muy pocos estudios esa dimensión es asumida en su desconcertante espesor, ese que está desubicando y reubicando el sentido y el valor de lo que seguimos llamando televisión. Es esa dimensión la que me propongo analizar para mapear en sus trazos más gruesos el lugar desde el que pensamos tanto las figuras de televisión que legitiman cotidianamente la omnipresencia mediadora del mercado y la perversión de la política como aquellas otras figuras en las que se vislumbran nuevos actores y dinámicas de emancipación social y empoderamiento ciudadano.

La segunda razón es que en mi larga y densa relación con Cataluña fue donde encontré no sólo una investigación pionera sobre los procesos y los medios de comunicación regional y

local, sino una investigación alentadora del diseño e implementación de políticas públicas que regulen y promuevan la expansión de los medios comunitarios y ciudadanos. De modo que en mis investigaciones de las experiencias latinoamericanas, los estudios de De Moragas, Prado, Gifreu o Guimerà, las pioneras televisiones locales TV Cardedeu, TV Clot —de Barcelona— y la Xarxa de Televisions Locals (XTVL) catalana han sido un punto de referencia analítico y político estratégico. Es también por ello que más que un texto de análisis de experiencias de televisión local lo que aquí propongo es una reflexión sobre la nueva complejidad que esas experiencias ponen en juego, haciéndolo, obviamente, a partir de otro contexto territorial que es el latinoamericano y su particular historia de batallas por la democratización comunicativa.

1. Lo global no deriva de lo internacional sino de otra manera de estar en el mundo

En una conferencia radiofónica del año 1967 —pero que extrañamente no dejó publicar hasta poco antes de su muerte, en

1984—, Michel Foucault planteó un desafío radical al pensamiento occidental al afirmar que mientras el pensamiento moderno de los siglos XVIII y XIX se construyó en base a categorías de tiempo, nos encontrábamos a la entrada de otra época en la que el espacio había comenzado a cobrar una relevancia perceptiva y política estratégica. Dice textualmente Foucault (1999, 15-19): “la gran obsesión del s. XIX es la historia, el desarrollo, la crisis, el ciclo, la acumulación, la sobrecarga del pasado, la sobrecarga de muertos y el enfriamiento del mundo”, y afirma a reglón seguido: “tal vez la época actual sea más bien la del espacio, la de lo simultáneo, la yuxtaposición, la de lo cercano y lo lejano, la del pie a pie, la de lo disperso”; y refuerza esa idea afirmando que estamos en un momento en que “el mundo se experimenta menos como una gran vida que se desarrolla en el tiempo y más como una red que une puntos y entrecruza su madeja”. No puede resultar más significativo el entronque de esa conceptualización y terminología [pues no habla de *lo real* ni de *la realidad* a la usanza filosófica, sino de *el mundo*] con un pensamiento que tenía como eje el análisis de la reorganización de las condiciones de la existencia y del ejercicio del poder. Foucault estaba pensando *el mundo* en términos de *espacio de poder* mucho antes de que las ciencias sociales se tomaran en serio la categoría, y previniéndonos de que la relevancia del espacio se va a constituir en una inevitable fuente de conflictos entre “los descendientes piadosos del tiempo y los habitantes acérrimos del espacio”.

A mediados de los noventa, el geógrafo brasileño Milton Santos vio en los desafíos que plantea la categoría *mundo* a las ciencias sociales el punto de quiebre para la comprensión de lo que emerge con la globalización, puesto que la nueva significación del mundo ya no es derivable de la que hasta hace poco fue una de las categorías centrales de las ciencias sociales, la del Estado-nación. Y si la globalización no se deja pensar como mera extensión cuantitativa o cualitativa de la sociedad nacional no es porque esa categoría y esa sociedad no sigan teniendo vigencia —la expansión y exasperación de los nacionalismos de toda laya así lo atestiguan—, sino porque el conocimiento acumulado sobre lo nacional responde a un paradigma que “no puede ya dar cuenta ni histórica ni teóricamente de toda la realidad en la que se insertan hoy individuos y clases, naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones” (Santos 1996, 215). La resistencia de las ciencias sociales a aceptar que se trata de un *objeto nuevo* es muy fuerte, y de ahí la tendencia a subsumir ese objeto en los paradigmas clásicos del evolucionismo y el historicismo, lo que permite focalizar sólo aspectos parciales —económicos o tecnológicos— que parecerían seguir siendo *estudiables* y comprensibles desde una continuidad sin traumas con la idea de lo nacional.

La conexión de ese planteamiento con el sentido de la primera transformación de fondo en el modelo inicial de la televisión ha sido analizada por Eliseo Veron en estos términos: lo que en el texto de Eco (1983) es denominado *neotelevisión* es un cambio cuyo interpretante no aparece nombrado en ese texto, cuando lo que es decisivo de entender es precisamente qué es

lo que de veras cambia, a lo que Veron responde: “el contexto socioinstitucional *extratelevisivo* [...] es la *localización nacional* de la televisión de masas. Esta es la razón por la cual tanto bajo el régimen de monopolio del Estado en Europa, cuanto bajo el régimen de propiedad privada característico de las Américas, el rol de la televisión fue esencialmente el mismo” (Veron 2009, 233 y 237). Y ese rol fue básicamente *pedagógico* pues el contrato comunicativo se establecía entre la nación y los ciudadanos-televidentes mediante una “grilla de programación estructurante” no sólo de la temporalidad de la jornada y de la semana, sino de su *formación* en cuanto a ciudadanía-de-una-nación. Mucho antes, Daniel Bell (1969, 1977) ya había señalado el papel estructurante de los medios masivos en la *formación* de la nación norteamericana y la visible crisis de esa función desde finales de los años sesenta. Lo que nombra entonces la *neotelevisión* es el emborronamiento del interpretante *nación* a través de un proceso de *institucionalización* del medio mismo, de la televisión, que deviene así fuente de un nuevo tipo de contrato comunicativo en ruptura cada día más clara con el campo político que daba forma al modelo anterior: ahora el contrato comunicativo se hace entre el *medio/institución televisión y sus audiencias*, contrato que muy pronto adquirirá *formalidad* mediante el contrato de pago por servicios, primero vía antenas satelitales y después vía suscripción a la televisión por cable.

El modelo de televisión-de-masas, que desaparece desde los ochenta, es la reencarnación del modelo comunicativo instaurado por el cine-nacional, al que Carlos Monsivais (1976, 434) había caracterizado así: el cine conecta en México con el hambre de las masas urbanas por hacerse social y nacionalmente visibles, pues “al cine van las mayorías, no a divertirse, sino a aprender a ser mexicanos, no van a soñar sino a verse y a representarse un país a su imagen”. De ahí que más allá de lo reaccionario del contenido de muchos films y de los esquematismos de forma, ese cine legitimó gestos, rostros, voces, modos de hablar y de caminar hasta entonces social y culturalmente desconocidos, y ello en un movimiento de reconocimiento que resultó vital para unas masas urbanas que, a través de él, amenguaban el impacto de los choques culturales que las constituían en tales. Y sobre la ruptura introducida por la televisión, yo escribí glosando a Benjamin (1982): “Mientras el cine catalizaba la experiencia de la multitud en la calle, pues era en multitud que los ciudadanos ejercían su derecho a la ciudad, lo que ahora cataliza la televisión es por el contrario la experiencia doméstica y domesticada: es desde la casa y mediante la televisión que la gente ejerce ahora cotidianamente su conexión con la ciudad. Mientras entre el *pueblo* que se tomaba la calle y el *público* que iba al cine la relación era transitiva y conservaba el carácter colectivo de la experiencia, de los públicos de cine a las *audiencias* de televisión el desplazamiento señala una profunda transformación: la pluralidad social sometida a la lógica de la desagregación hace de la diferencia una mera estrategia del rating; e imposible de ser representada en la política, la fragmentación de la ciudadanía es

tomada a cargo por el mercado. Es de ese cambio que la televisión es la principal mediación" (Martin-Barbero 1987, 181).

Ahora podemos retomar la reflexión de Foucault, pues una extraordinaria capacidad de anticipación le lleva a resituar su reflexión mediante el paso de la *utopía* a lo que él denominó *heterotopías*. El paso está, en primer lugar, entre el singular y el plural y, sobre todo, en el paso de un *proyecto de sociedad* "sin lugar" a otros que son localizables, tienen lugar, pero "cuyas localizaciones son al mismo representadas, contestadas e invertidas". Para ayudar en su comprensión echa mano del tipo de localización mediante el espejo: ese lugar *donde me veo pero no estoy*, que, sin embargo, es un espacio realmente existente pero del que debo estar fuera para poder verme. La clave de la heterotopía es la de ser "ese espacio que vuelve absolutamente real este lugar que ocupo mientras me miro, vinculado con todo el espacio que lo rodea, y a su vez absolutamente irreal ya que, para ser percibido, debe pasar por el punto virtual que está allá" (Foucault 1999, 19). Las heterotopías son entonces *lugares-otros*, esos que hacen posible cuestionar el lugar donde estamos al mostrarnos donde no estamos. Las heterotopías son el lugar de tensión entre los territorios y los contraespacios. Si el *territorio* es el lugar marcado por el tiempo del nacer, el crecer y los rituales que demarcan los anclajes y los tránsitos, los *contraespacios* son aquellos lugares cuya relación con el tiempo es precisamente el de su interrupción, su trastorno o inversión, como el de la fiesta, el escondite de los niños, el jardín, el cementerio, el prostíbulo. Lugares denunciados socialmente porque ellos enuncian de muy diversas maneras cuestionamientos y contraejemplos al normal discurrir de la vida social.

En buena medida, la post-televisión o hipertelevisión no tiene sólo que ver con lo que hacen o dejan de hacer el mercado y el Estado, sino también con "su lugar" en esa triple espacialidad: de las redes, los territorios y las heterotopías, es decir las deslocalizaciones, los anclajes y las reubicaciones. A la vez y de tal forma que cualquier dualismo, como los que siguen tenazmente oponiendo espacio/territorio o global/local, queda descolocado tanto por la realidad económica como por la vida cultural. De ahí que el propio análisis de la televisión se vea necesitado de un nuevo lenguaje como el que utiliza Imbert (2008, 80 y 85) en su último libro introduciendo a la vez la idea de "transgénero" o de "lugares porosos". Desde su *Hermes I* (1984) y *Atlas* (1994) hasta *Hominescence* (2001), Michel Serres ha sido el estudioso de la comunicación que más ha ayudado a renovar el lenguaje categorial y el primero en localizar y espacializar esos estudios hablando precisamente de cómo la membrana o los poros no son ni el exterior ni el interior, sino el *espacio-de-en-medio*, ese que es no-lineal pues es el de la *circulación* que, como el intercambiador vial, me exige salir a la izquierda para poder coger el carril de la derecha, pues no puedo ir directamente a la derecha sino sólo mediante el rodeo. Es el lenguaje que resonó políticamente en esa otra paradoja a la que nos abrió y nos enfrentó el feminismo con su "lo personal es político", con lo que las mujeres

hicieron visible un quiebro decisivo: el de la incapacidad de la política tal cual se ejerce hoy para *mediar* entre el espacio de las situaciones y las prácticas que conforman la trama de las identidades y de las estructuras que rigen lo macrosocial.

2. Lo local: entre la levedad del espacio y el espesor del lugar

Quizá una de las cuestiones más radicales que plantea la *sociedad-red* sea la de las identidades en su evidenciar el desgarramiento profundo entre el mundo de la *razón* económica, basada en los ligeros flujos de las finanzas, la tecnología, la información y el poder, frente al espeso y pesado mundo de las *identidades* enraizadas en los territorios y las tradiciones. Consciente de ese desgarramiento, Manuel Castells dedicó el segundo volumen de su *Era de la información* al poder de la identidad, donde puede leerse: "Lo compartido por hombres, mujeres y niños es un miedo, profundamente asentado, a lo desconocido, que se vuelve más amedrentador cuando tiene que ver con la base cotidiana de la vida personal: están aterrorizados por la soledad y la incertidumbre en una sociedad individualista y ferozmente competitiva" (Castells 1998, 49). Ahí se hallan las coordenadas de un fundamentalismo que está hecho a la vez de enfurecidas resistencias y de afiebradas búsquedas de sentido. Resistencias al proceso de atomización social, a la intangibilidad de unos flujos que en su interconexión difuminan los límites de pertenencia y tornan inestables las contexturas espaciales y temporales del trabajo y la vida. La sociedad-red no es entonces un puro fenómeno de conexiones tecnológicas, sino la disyunción sistémica de lo global y lo local mediante la fractura de sus marcos temporales de experiencia y de poder: frente a la elite que habita el espacio atemporal de las redes y los flujos globales, las mayorías en nuestros países habitan aún el espacio/tiempo local de sus culturas y, frente a lógica del poder global, se refugian en la lógica del poder comunal. Es por eso que la política se ha quedado sin lenguaje, porque de lo que tenía que hablar ni sabe ni puede, de ahí que no le quede otra salida que transvestirse del lenguaje de las encuestas y de la publicidad.

Desde el otro lado, David Harvey (1989) ubica a comienzos de los años setenta los cambios de fondo en el sentido de la espacialidad, ligados a las nuevas condiciones del capitalismo: las de una *acumulación flexible* hecha posible por las nuevas tecnologías productivas y organizativas conducentes a una *desintegración vertical* de la organización del trabajo y a una creciente centralización financiera. Por otra parte, aparecen por esos mismos años los "nuevos mercados de masa", que introducen estilos democratizadores pero cuyos productos son la más clara expresión del proceso de racionalización del consumo; y algo crucial para el campo de la comunicación: según Harvey (1989, 226), "lo que preocupa ahora al capitalismo en forma predominante es la producción de signos y de imágenes [...]. La competencia en el mercado se centra en la construc-

ción de imágenes, aspecto que se vuelve tan crucial o más que el de la inversión en nueva maquinaria". A donde conducen las reestructuraciones del espacio es a un cambio profundo en su significado social: "la paradoja de que cuanto menos decisivas se tornan las barreras espaciales tanto mayor es la sensibilidad del capital hacia las diferencias del lugar y tanto mayor el incentivo para que los lugares se esfuercen por diferenciarse como forma de atraer el capital" (Harvey 1989, 327). La identidad local es así conducida a convertirse en una *representación de la diferencia* que la haga comercializable, y para ello será sometida al torbellino de los collages e hibridaciones que impone el mercado, reforzando su exotividad y las hibridaciones que neutralicen sus rasgos más conflictivos. Pues de lo que se trata es nada menos que de inscribir las identidades en las lógicas de los flujos: dispositivo de traducción de las diferencias culturales a la lengua franca del mundo tecnofinanciero y volatilización de las identidades para que floten libremente en la *indiferencia* cultural. Buena parte de la celebración de la diversidad —clave secreta de no poco del discurso sobre lo local— le hace el juego a su versión más globalizante, la que convierte a la diferencia en mera fragmentación recuperable por, y legitimadora de, la desregulación del mercado.

No se puede hablar hoy de lo local sin comprender la densidad de sus contradicciones. Y a eso nos ayuda la reflexión estratégica de Arjun Appadurai (2001) sobre las relaciones entre globalización y localización. Su punto de partida es que los dos movimientos que articulan la multiplicidad de procesos que conforman la globalización son *el flujo de imágenes e informaciones por medios electrónicos* y *el desplazamiento poblacional de migrantes*. Es obvio que cada uno de esos dos movimientos tiene su propia lógica y sus dinámicas pero lo que los vuelve decisivos es precisamente su interpenetración y el efecto corrosivo y de desborde que esa imbricación ejerce sobre el hasta ahora eje de convergencia de la economía, la política y la cultura, el Estado-nación. Globalización significa entonces que la convergencia hecha posible por la juntura entre un territorio-nación y un Estado ya no va más y que —aunque con fuertes articulaciones desde el ámbito económico— la política y la cultura ya no marchan al mismo ritmo que la economía ni en la misma dirección. La divergencia en ese plano implica un crecimiento cualitativo de la inestabilidad social, política y cultural, pero también una multiplicación de interrelaciones, asimétricas ciertamente, entre *el flujo de las imágenes* —cuya dirección es norte-sur y cuyo nuevo valor inscribe la comunicación en las lógicas de la producción— y la *diáspora masiva de poblaciones* —cuya dirección es sur-norte: ya sea de turcos en Alemania, mexicanos y coreanos en EE. UU., ecuatorianos en España o subsaharianos en Italia. Diásporas de la esperanza, de la desesperanza o del terror, cuyas imágenes y relatos, tanto los que impulsan a emigrar como los que posibilitan sobrevivir en otras tierras, se forjan en la *imaginación social* de esas poblaciones que mestizan sus miedos y sus sueños con los escenarios y los modelos que circulan por los medios electrónicos. Un "trabajo de imaginación" que desborda la función eva-

siva y cuarteala tentación implosiva de los grupos, para inscribirse en una voluntad colectiva de supervivencia tanto social como cultural. Una imaginación que trabaja tanto con la resistencia y la cólera como con la iniciativa y la ironía, bases de la movilización de las identidades colectivas. Appadurai habla entonces de una *globalización desde abajo* pues "si es a través de la imaginación que hoy el capitalismo disciplina y controla a los ciudadanos contemporáneos, sobre todo a través de los medios de comunicación, es también la imaginación la facultada a través de la cual emergen nuevos patrones colectivos de disenso, de desafección y cuestionamiento de los patrones impuestos a la vida cotidiana. A través de la cual vemos emerger formas sociales nuevas, no predatorias como las del capital sino formas constructoras de nuevas convivencias humanas" (Appadurai 2001, 46).

Lo local en esta perspectiva deja entonces de ser algo dado por el territorio, la identidad, sus vecindarios y parentescos, y se convierte en algo a *construir entre* poblaciones e imágenes. Pues frente al viejo y denso sentido implosivo de lo local —un nosotros que delimita el adentro y se define por oposición al afuera que conforman todos los otros, ya sean enemigos, extranjeros o ambos a la vez—, *lo local en una sociedad global* significa un proyecto de reconocimiento y creatividad sociocultural basado en una apuesta cotidiana de ejercicio ciudadano. Y ello porque hasta ahora lo local ha formado parte indisoluble del proyecto "nacional-estatal", que lo impregnaba de sus uniformidades y sus entropías, de sus obsesiones de permanencia y alzamiento de fronteras en todos los sentidos, es decir, de exclusiones. A semejanza de la nación-estado, la región y el municipio resultaban planos y homogéneos, fruto de una ciudadanía pasiva y obediente. Por supuesto que esto contiene diferencias en el mundo anglosajón, más descentralizado, el latino, mucho más uniformante, y el escandinavo, mucho más incluyente. Pero aun así, es del modelo nacional-estatal que lo local necesita emanciparse para poder asumir las hondas transformaciones que rehacen hoy su sentido —su memoria y su futuro— y, por lo tanto, la fragilidad de los nuevos actores y figuras que van dando forma y fuerza a las comunidades territoriales, ya sean regionales, municipales o barriales.

3. Televisión local: nuevas visibilidades ciudadanas

Si el *lugar* constituye nuestro anclaje primordial —la corporeidad de lo cotidiano y la materialidad de la acción, que son la base de la heterogeneidad humana y también de la reciprocidad— el sentido de *lo local*, sin embargo, no es unívoco: uno es el que resulta de la fragmentación producida por la deslocalización que impone lo global, y otro bien distinto el que asume *el lugar* en términos de "espacio practicado", como lo llama Michel de Certeau (1980, 208), que aplica al espacio un concepto inspirado en la distinción lingüística entre lengua y habla: mientras que el *espacio* se define por el entrecruzamiento de vectores de dirección y de velocidad y, por lo tanto, como algo

operacional, el *lugar* es el equivalente de la palabra, ámbito de apropiación y de prácticas ya sea del habitar o el transitar. Se trata entonces del espacio que resulta del uso que le dan los ciudadanos, en su sentido más físico, pues los que lo caminan y marcan con sus andares y travesías construyen una ciudad distinta a la de las arquitecturas y las ingenierías. Es el espacio que deja de ser exterior al sujeto pues es resultado de sus propias prácticas, un *lugar* que introduce *ruido* en las redes, distorsiones en el discurso de los flujos globales, un ruido que abre la escucha a la palabra de otros, de los muchos otros.

Y es que justamente de lo que habla el *entre* es de *movilidad*. Y debemos a Zigmund Bauman (1999, 128) una bien aterrizada lectura de la *movilidad*, esa figura clave de la globalización que ha terminado en una exaltación del nomadismo tan tramposa que hace aparecer a los emigrantes como meros nómadas de un planeta por el que todos pueden caminar a sus anchas. Bauman muestra que la movilidad tiene dos caras, o mejor dicho dos rostros: el del turista y el del vagabundo. El *turista* habita un mundo desespacializado, sin territorios, de ahí que su movilidad sea instantánea, sin esperas, y el suyo sea un mundo *en el que quedarse quieto es morir*, y vivir es transitar incesantemente acumulando “nuevas” experiencias, sensaciones y emociones: el mundo del turista es, en definitiva, el del *consumidor*. El *vagabundo* habita un mundo espeso, lento, un espacio lleno de territorios con fronteras y visados y, por lo tanto, hecho de desesperantes esperas y dolorosos desarraigos. Sólo uno es el territorio al que se pertenece y todos los demás son ajenos y hostiles. Pero lo más divergente en relación con el turista es que es que ni en el territorio propio puede quedarse quieto, pues de allí es expulsado iniciando un viaje que no le asegura encontrar algún territorio que pueda hacerse suyo, pues para el vagabundo viajar es salir sin llegar del todo a ninguna parte: es el mundo del *emigrante*. Pero lo más importante de la reflexión de Bauman es que esa diferenciación no se trasmuta en mera oposición dualista con su fácil denunciismo y su tranquilización de conciencias, pues no se trata de dos mundos alejados, exteriores, el uno del otro sino de uno sólo con dos tipos de viajeros que, por poco que se comuniquen entre ellos —y ciertamente cada vez es menos— se hallan sin embargo conectados estructuralmente, son *globalmente complementarios*, y tanto que *un mundo sin vagabundos es la utopía de la sociedad de los turistas*.

¿Qué tiene que ver ese mundo, cuya movilidad global entreteje turistas y vagabundos, consumidores y emigrantes, con el horizonte de futuro que se vislumbra desde las televisiones locales? Al menos dos rasgos. Uno, la inserción del medio televisión en la convergencia digital transformando la hasta ahora tranquila intermedialidad de géneros o programas en potentes “virus” de los flujos, que infectan la televisión desprogramándola. Claro que ese proceso va a tomar su tiempo pero la anchura del espectro que abre la TDT descoloca a “la televisión” e inaugura una pluralidad de televisiones cuyas peculiaridades van a tener mucho que ver con las formas de inserción de la producción televisiva en internet y viceversa, con la

manera de poner en televisión la loca y confusa, pero también rica y diversa producción audiovisual que circula en internet. Y otra vez, lo que ahí importa de veras no es lo que pasa en cada mundo —el de la televisión y el de internet—, sino, ¿cuál va a ser el rostro de una televisión local atravesada por, e inserta en, lo global?, o ¿qué va a significar e implicar lo global en una televisión de veras ciudadana? Preguntas esas que no pueden ser respondidas *tecnológicamente* sino desde un nuevo sentido/proyecto de la política; que es a donde apunta Appadurai al llevar a pensar la globalización no sólo en términos de los flujos tecnoimaginarios sino también de los poblacionales. Pues es justamente ese otro flujo también global, el de emigrantes, el que hasta en los países más democráticos está produciendo una fuerte exasperación de las identidades y un realzamiento de las fronteras. Como si al debilitarse los muros que durante siglos demarcaron los diversos nichos civilizatorios, las distintas ideologías políticas, los diferentes universos culturales —por la acción conjunta de los imaginarios mediáticos y la presión migratoria—, hubieran quedado al descubierto las contradicciones del discurso universalista del que tan orgulloso se había sentido Occidente. Y entonces cada cual, cada país o comunidad de países, cada grupo social y hasta cada individuo, necesitaran conjurar la amenaza que significa la cercanía del otro, del otro más otro que, según G. Simmel (1977), no es el enemigo sino el *extranjero*, rehaciendo la exclusión no sólo en forma de *fronteras* sino también de distancias que vuelvan a poner “a cada cual en su sitio”.

Lo que nos está exigiendo asumir que *identidad* significa e implica hoy dos dimensiones distintas y hasta ahora radicalmente opuestas. Hasta hace muy poco decir *identidad* era hablar de territorio, de raigambre y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. Pero decir identidad hoy implica —si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente— hablar también de desanclaje e instantaneidad, de redes y flujos. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots*, raíces móviles, o mejor de raíces en movimiento. Para mucho del imaginario substancialista y dualista que todavía permea la antropología, la sociología y las políticas públicas, esa metáfora resulta inaceptable y, sin embargo, en ella se vislumbran algunas de las realidades más desafiantes y fecundamente desconcertantes del mundo que habitamos. Pues como afirmó el antropólogo catalán, Eduard Delgado (2000, 32), “sin raíces no se puede vivir pero muchas raíces impiden caminar”.

El otro rasgo que caracteriza la inserción de la televisión —especialmente en la local— en la movilidad global es que el proceso de conexión/desconexión, de inclusión/exclusión, a escala planetaria que entraña la globalización está convirtiendo a la cultura en espacio estratégico de expresión de las tensiones que desgarran y recomponen el “estar juntos”, en lugar de anudar sus crisis políticas y económicas con las religiosas, étnicas y estéticas. De ahí que sea desde la *diversidad cultural* de las historias y los territorios, desde las experiencias y las

memorias, desde donde no sólo se resiste sino que se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. Lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la *demanda de reconecimiento y de sentido* (Martin-Barbero 2002), y ni el uno ni el otro son formulables en meros términos económicos o políticos, pues ambos se hallan referidos al núcleo mismo de la cultura en cuanto mundo del *pertenecer a* y del *compartir con*. Razón por la cual la identidad se constituye en una de las fuerzas más capaces de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental con que nos domina el mercado.

Si algo caracteriza y distingue a la televisión local es la presencia en ella de los movimientos de democratización desde abajo, que encuentran en las tecnologías digitales la posibilidad de *multiplicar las imágenes* de nuestras sociedades para dar visibilidad a la diversidad: lo regional, lo municipal y lo barrial. Aunque para cierta crítica de la televisión la desigualdad de las fuerzas en juego es aplastante, soy de los que piensan que minusvalorar la convergencia de las transformaciones tecnológicas con el surgimiento de nuevas formas de ciudadanía —lo que ya en solitario anticipara Benjamin al analizar las relaciones del cine con el surgimiento de las masas urbanas en su potencial de transformación— sólo puede llevarnos de vuelta al miope maniqueísmo que ha paralizado durante años la mirada y la acción de la inmensa mayoría de las izquierdas en el campo de la comunicación y la cultura. Claro que el sentido de lo local o lo regional en las televisiones varía enormemente pues va desde el mero negocio hasta lo mejor de lo comunitario. Pero son *nuevos actores* los que en no pocos casos toman forma a través de esas nuevas modalidades de comunicación que *conectan* —rediseñándolas— las ofertas globales con las demandas locales. Hay nuevas tensiones estratégicas que fuerzan a los medios a *cambiar* tensiones, entre su predominante carácter comercial y el surgimiento de nuevas figuras y expresiones de la libertad, e independencia, entre sus tendencias a la inercia y las transformaciones que imponen los cambios tecnológicos y algunas nuevas demandas de los públicos.

Las gentes redescubren la capacidad comunicativa que contienen las prácticas cotidianas y los canales alternos permitiendo que la sociedad descubra la *competencia comunicativa* como capacidad de convocatoria y fortalecimiento de la *sociedad civil*. Pues cada día es más estrecha relación entre lo público y lo comunicable, y en ella es también cada vez más notoria la *mediación de las imágenes*. Pero esa centralidad de las imágenes no puede ser reducida a una incurable enfermedad de la vida cultural y política, a una concesión a la barbarie de estos tiempos que tapan con imágenes su falta de ideas. Y no es que en el uso que de las imágenes hace la sociedad actual y la política haya no poco de todo eso, pero lo que necesitamos comprender va más allá de la denuncia: hacia lo que en la mediación de las imágenes se produce socialmente. Y lo que en las imágenes se produce es, en primer lugar, la salida a flote, la emergencia de la crisis que sufre, desde su interior mismo, el *discurso de la representación*. Pues si es cierto que

la creciente presencia de las imágenes en el debate, las campañas y la acción políticas espectaculariza ese mundo hasta su vaciamiento de verdadera deliberación, también es cierto que por las imágenes pasa una *construcción visual de lo social*, en la que la visibilidad recoge el desplazamiento de la lucha por la *representación* a la demanda de *reconocimiento*. Lo que los nuevos movimientos sociales y las minorías —las etnias y las razas, las mujeres, los jóvenes o los homosexuales— demandan hoy no es tanto ser representados, sino reconocidos: *hacerse visibles socialmente en su diferencia*. Lo que da lugar a un modo nuevo de ejercer políticamente sus derechos. De ello es evidencia la proliferación creciente de *observatorios* y *veedurías* ciudadanas. Resulta bien significativa ésta más que cercanía fonética, articulación semántica, entre la *visibilidad* de lo social, que posibilita la constitutiva presencia de imágenes en la vida pública, y las *veedurías* como forma actual de fiscalización e intervención de los ciudadanos.

La televisión comunitaria se convierte entonces en *un decisivo lugar de inscripción de nuevas ciudadanías* en las que adquiere rostro contemporáneo la emancipación social y cultural. Así, las *políticas de reconocimiento* (Taylor 1998) ponen en evidencia las dificultades que atraviesan las instituciones liberal-democráticas para acoger las múltiples figuras de ciudadanía que, desde la diversidad sociocultural, tensionan y desgarran a nuestras institucionalidades al tiempo que no encuentra forma alguna de presencia que no sea la denigrante o excluyente en la mayoría de la programación y la publicidad de las televisiones privadas. Esa desgarradura sólo puede ser suturada con una política de extensión del *derecho de ciudadanía* a todos los sectores de la población que aun viven muy rebajadamente ese derecho, como las minorías étnicas o las mujeres, los evangélicos o los homosexuales. Frente a la ciudadanía de “los modernos”, que se pensaba y se ejercía *por encima de las identidades* de género, de etnia, de raza o de edad, la democracia está necesitada hoy de una idea y un ejercicio ciudadanos que se hagan cargo de las identidades y las diferencias. La interpelación que convoca/forma ciudadanos y el derecho a ejercer la ciudadanía hallan su *lugar propio* en la televisión ciudadana convertida así en ámbito de participación y expresión. En medio de la experiencia de *desarraigo* que viven tantas de nuestras gentes, hablar de *participación* es asociar inextricablemente el derecho al *reconocimiento* social y cultural con el derecho a la *expresión* de todas las sensibilidades y narrativas en que se plasma a la vez la creatividad política y cultural de los municipios y los barrios urbanos.

Y es que la proximidad entre experimentación tecnológica y estética hace emerger, en este desencantado inicio de siglo, un nuevo parámetro de evaluación de la técnica, distinto al de su mera instrumentalización económica o su funcionalidad política: el de su capacidad de significar las más hondas transformaciones de época que experimenta nuestra sociedad, y el de *desviar/subvertir* la fatalidad destructiva de una revolución tecnológica directa o indirectamente dedicada a acrecentar el poderío militar. La relación *arte/comunicación* señala entonces

la reafirmación de la creación cultural como el espacio propio de aquel mínimo de utopía sin el cual el progreso material pierde el sentido de emancipación y se transforma en la peor de las alienaciones. Lo cultural en la televisión local remite, más que a un tipo particular de contenidos, a la potenciación de lo que en ese medio, en sus lenguajes y posibilidades expresivas, *conecta con* la acelerada y fragmentada vida urbana contemporánea. Y ello a través del flujo de las imágenes, entendiendo por éste tanto la continuidad tendida entre fragmentos de información y shock estético, de conocimiento y juego, como el ensamblaje de los discursos y géneros más extraños los unos con los otros. Fue Raymond Williams (1994) uno de los primeros en llamar la atención sobre esa correspondencia y las posibilidades que ella le abre a la televisión de traducir expresiva y reflexivamente en su fragmentación y flujo uno de los “rasgos de época” más fuertemente significativos. Con la consiguiente exigencia de hacer de esa experiencia tanto una ocasión de provocación como de reflexión.

Pues sólo asumiéndose como nueva experiencia cultural la televisión local puede abrir el camino a convertirse en *alfabetizadora* de la sociedad toda en los nuevos lenguajes y escrituras audiovisuales digitales que forman parte de la específica complejidad cultural del hoy. Se trata de una resocialización a partir de los nuevos modos de saber a los que se hallan asociados los nuevos mapas mentales, profesionales y laborales, y también a las nuevas sensibilidades y estilos de vida. Por ahí pasa entonces una mediación decisiva que la televisión puede ejercer: la conversación entre generaciones a través de la cual podrían dialogar la empatía de los más jóvenes con las tecnologías informacionales y la reticencia/resistencia que con ellas mantiene aún una buena cantidad de los adultos. La democratización de nuevos saberes y lenguajes irá entonces de la mano del reconocimiento de la especial creatividad de los jóvenes para diseñar y producir televisión. Arrancando a la juventud de las negativas imágenes que de ella hace nuestra desconcertada y temerosa sociedad, la televisión local puede ofrecer a los jóvenes la ocasión para reencontrarse creativamente con su sociedad.

Referencias

- APPADURAI, A. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: Trilce / F. C. E., 2001.
- BAUMAN, Z. *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: F. C. E., 1999.
- BELL, D. *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas: Monte Ávila, 1969.
- BELL, D. *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza, 1977.
- BENJAMIN, W. *Discursos interrumpidos, vol. I*. Madrid: Taurus 1982.
- CASTELLS, M. *La era de la información, vol. 2*. Madrid: Alianza, 1999.
- DE CERTEAU, M. *L'invention du quotidien, 2: arts de vivre*. París: U. G. E., 1980.
- DELGADO, E. “Cultura, territorio y globalización”. En: *Cultura y región*. Bogotá: CES, 2000.
- ECO, U. “TV, la transparence perdue”. En: *La guerre du faux*. París: Grasset, 1983.
- FOUCAULT, M. “Espacios otros”. En: *Versión*, número 9. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1999.
- HARVEY, D. *The condition of Postmodernity*. Cambridge: Basil Blackwell, 1989.
- IMBERT, G. *El transformismo televisivo*. Madrid: Cátedra, 2008.
- MARTIN-BARBERO, J. *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili, 1987.
- MARTIN-BARBERO, J. “Identities: Traditions and New Communities”. En: *Media Culture & Society*, vol. 24. Londres: Sage, 2002.
- MONSIVAIS, C. “El cine nacional”. En: *Historia general de México*, vol. 4. México: El Colegio de México, 1976.
- SANTOS, M. *A natureza do espaço*. São Paulo: Hucitec, 1996.
- SERRES, M. *Hermes I, La communication*. París: Minuit, 1984.
- SERRES, M. *Atlas*. Madrid: Cátedra, 1995.
- SERRES, M. *Hominescence*. París: Le Pomier, 2001.
- SIMMEL, G. *Estudio sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza, 1977.
- TAYLOR, Ch. *Multiculturalismo. Lotte per il riconoscimento*. Milán: Feltrinelli, 1998.
- VERON, E. “El fin de la historia de un mueble”. En: CARLON, M.; SCOLARI, C. A. *El fin de los medios masivos*. Buenos Aires: La Crujía, 2009.
- WILLIAMS, R. *Television, Technologie and Cultural Form*. Londres: Routledge, 1994.